**Espiritualidad y amor en el arte:**

**La estética de Alicia Torres**

Por Píter Ortega Núñez

Alicia Torres es una artista tremendamente espontánea, intuitiva. Frente a sus obras nunca hay esquemas preconcebidos o prestablecidos. Le gusta el azar, el caos del pensamiento, la frescura de lo desconocido e inesperado. Hay mucho de automatismo psíquico en sus creaciones. Cuando ella comienza una obra, nunca sabe a ciencia cierta cuál será el resultado final de aquella. Todo depende del día, el momento, su estado de ánimo, los vaivenes de su espiritualidad más profunda.

En cuanto a materiales y soportes, no le teme a nada, y le gusta la experimentación constante. Es así que ha incorporado numerosos elementos a sus trabajos, tales como papel regular o papel toalla, cemento, tela de ropa, semillas, yute, tierra, residuos de óxido, cáscaras de huevo, pedazos de hierro abandonados, entre muchos otros. Asimismo, pinta directamente con sus manos, con la espátula, con el cabo del pincel, con un clavo; se vale con mucha frecuencia de los chorreados... Todo en función de potenciar el universo táctil. A la artista le interesa que el espectador toque sus obras, que las roce, en una relación íntima que deviene casi erótica. Al respecto, la autora plantea: “pienso que el arte debe abarcar todos los sentidos: ver, tocar, oler, etc. Por eso me gustan tanto las obras de Botero; cuando las toco siento una paz muy profunda. Ojalá yo pudiera incorporar algún día el olor a mis obras. Por ejemplo, me gustaría que, si la pintura tiene vegetación, tú sintieras el olor a esa vegetación. Ya hay artistas que lo están haciendo. Es algo fascinante.”

El uso del cabo del pincel es bien simbólico como parte del tratamiento de las texturas, pues genera unas grietas pronunciadas sobre el material, las cuales pudieran tener múltiples interpretaciones. Nos dice Alicia que “trabajar con el cabo del pincel me quita tensión, me afloja el cuerpo, me crea una sensación agradable. Es una terapia para mí”.

En cuanto a los procesos de oxidación del metal, resulta muy significativo el método empleado por la artista: se vale básicamente de vinagre, coca cola o agua de mar, y con ello logra resultados asombrosos, a través de obras donde lo envejecido y lo deteriorado se convierten en algo profundamente bello. La creadora busca el valor estético en elementos inusuales, allí donde el “raciocinio” y el “sentido común” solo esperan ver desperdicios. Es por eso también que le otorga tanta importancia a sus pinturas volumétricas, esas donde incorpora hierros abandonados, en desuso. Aquí Alicia dota a esos metales de una nueva vida y una nueva historia; es como si volvieran a nacer desde las metáforas del arte. Hermoso gesto preñado de poesía y espiritualidad. Estas piezas son, por otra parte, inclasificables según los géneros tradicionales: no son pintura estrictamente hablando, pero tampoco esculturas. Son las dos cosas a la vez, un híbrido que se torna muy sugestivo.

Desplazándose indistintamente entre la abstracción y la figuración expresionistas, a la artista le interesan los juegos visuales con el espectador, los retos. Es por ello que, muchas veces, las figuras aparecen y se desparecen ante nuestros ojos. Allí donde solo hay manchas, líneas y colores, en ocasiones creemos ver figuras humanas, animales, objetos. La autora quiere que cada espectador se invente un mundo y una historia frente a las piezas; quiere que fabulen, que le den rienda suelta a su imaginación. De este modo, los formatos y disposiciones para el montaje de las obras son también muy cambiantes. Como plantea Alicia, “si me compras una obra, te llevas cuatro”. Y es justamente porque casi nunca hay una visión o perspectiva protagónica: el alto y el ancho de las piezas se pueden rotar a gusto del receptor. Y eso, lejos de aminorar el sentido de las obras, lo robustece, engrandece sus posibilidades de lectura.

Entre los símbolos más recurrentes dentro de la obra de la artista, se ubica la figura del óvalo. Nos dice la creadora que este le seduce mucho “porque es muy etéreo, suave, está lleno de movimiento, y puede significar muchas cosas: fertilidad, nacimiento, vida, erotismo, movilidad, incluso hasta muerte”. Y es que Alicia demuestra en todas sus obras que está enamorada de las líneas sinuosas, curvas, en tanto estas simbolizan un gesto tierno, de amor. Nunca veremos en sus trabajos ángulos rectos, líneas quebradas, diagonales que se cruzan. Nada que sugiera violencia o agresividad. Las líneas y áreas de la artista son como una danza muy sensual, de donde emana mucha paz, mucho afecto, armonía. A la vez que magia y misterio.

Otro ícono que se repite con frecuencia es el de la mariposa, en tanto representación de la esperanza. La podemos observar, por ejemplo, en “El rapto de América”, sin duda uno de los cuadros más sublimes de la artista. Aquí la autora nos muestra a los dos partidos políticos más importantes de Estados Unidos: el Republicano y el Demócrata, simbolizado el primero en la figura del elefante, y el segundo en la del burro. Una gran mancha roja se erige en metáfora de la violencia (según Alicia, de los sucesos del 11 de septiembre y toda la crisis que estos conllevaron). Y en medio de todo ello, aflora la mariposa, para recordarnos, quizás, que a veces las crisis son provechosas, en tanto representan un nuevo despertar de conciencia, un nuevo nacimiento. Luego de un gran rapto de palabras, de acciones, puede volver a florecer la esperanza. Eso nos dice la artista en esta maravillosa obra, cargada de energía y espiritualidad de las más genuinas.

Otro cuadro muy significativo dentro de la carrera de la artista es aquel titulado “El pequeño comité”, donde, valiéndose de la parodia y el humor, la creadora realiza un fuerte cuestionamiento a ciertos modelos de agrupación de seres humanos que resultan del todo inoperantes, ficticios, preñados de falsedad y dobleces. La presencia simbólica del “diablo” en el extremo inferior derecho de la obra, viene a significar la mirada inquisidora, el aguafiestas que descree de cuanto se dice en el presunto “comité”. Atractiva pieza que nos alerta sobre el vacío de ciertas palabras, sobre la oquedad y el sinsentido de muchos discursos simulados. Nos convoca a actuar, más que a hablar, pues las palabras, sin un fundamento sólido y honesto, pueden ser muy dañinas.

Pero Alicia ha realizado también (y con mucho rigor) piezas dentro del arte cerámico. En ellas me detendré porque resultan sumamente valiosas. El dominio de las texturas logradas con el barro, la relación entre los volúmenes y el espacio, así como la ingeniosidad de las composiciones, nos habla de una artista a prueba de balas, cuyo arte no conoce límites. Ya sean figuras infantiles, jarrones, animales o piezas más abstractas, se trata en todos los casos de obras de elevada calidad estética.

En algunos casos la artista ha incursionado en el erotismo humano, especialmente femenino. Y en esta dirección destaca un elemento curioso: los rostros de las féminas aparecen cubiertos por una gran mancha que bloquea su identidad. Interesante gesto que nos lanza numerosas preguntas: ¿pudor?, ¿intención de hacer más genérico el discurso, y hablar de “LA MUJER” en abstracto, sin hacer énfasis en alguna en particular?, ¿la mujer como dispositivo sexo-erótico, donde no importa lo “facial”, sino las zonas erógenas? Enigmáticas obras, sin duda. Y justo por ello tremendamente bellas.

Los trabajos más recientes de la artista evidencian una madurez admirable. Se presentan mucho más rotundos, contundentes, tanto formal como conceptualmente. Pensemos en piezas como “El tercer ojo”, “Movements don´t Lie”, “The Depth of Silence”, “The Silence of a Dream”, “I Became a Child Again”, entre otras. En esta última, el tratamiento de la composición, las líneas y el uso del color, nos recuerdan las fantasías del imaginario infantil, la frescura de ese universo de inocencia que no conoce límites. En palabras de la artista, “uno de mis sueños es retornar a la inocencia y libertad de mis años de infancia, donde las preocupaciones, las responsabilidades y la aspiración de la perfección no eran una prioridad en la vida”.

Graduada de la hermosa carrera Psicopedagogía, obviamente su formación ha influido mucho en los rumbos que ha tomado su obra. Sobre todo en lo que respecta a ese gran amor y respeto a la vida, a las pequeñas cosas de esta. Nos dice Alicia: “yo puedo encontrar una fuente de creación en pequeñas cosas de la vida como una sonrisa, el amor por tu vecino, la esperanza, los sueños… Mi obra contiene la belleza y la admiración del universo”.

En “The Depth of Silence” y “The Silence of a Dream” se manifiesta el marcado interés de la artista por el espacio del silencio y la soledad, de la meditación más auténtica. Son un canto, tal vez, a ese momento íntimo de la autora frente a sus cuadros, instante en el que el “afuera” deja de existir, desaparecen las guerras, la violencia, el odio, y solo queda ese micromundo lleno de amor que resulta ser el arte, esa burbuja tan necesaria sin la cual la vida no tendría sentido. “El arte es todo para mí. Es una necesidad espiritual. Una pasión. Es la manera de encontrar un equilibrio ante la violencia simbólica de la vida. Hay días en que amanezco con una necesidad muy profunda de hacer una obra. Solo eso me hace feliz”.

Igualmente, hay en las obras de la artista mucho de “lo real maravilloso latinoamericano”. Una gran mezcla de pasión, drama, misterio y magia inunda todos sus trabajos, con colores que a veces nos recuerdan la intensidad de la vida en el trópico. Quienes la hemos conocido de cerca, descubriremos en sus cuadros la gran energía de su sonrisa y la enorme espiritualidad y transparencia de su mirada. Sus obras son como ella: una celebración de la vida, del potencial emancipador del arte, del privilegio de nuestra presencia en el universo. Y sus trabajos nos dicen, también, que todavía hay Alicia para rato –que hemos visto, apenas, el comienzo.

**Miami, abril de 2015**